

PASTORAL DE LA INCREENCIA

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v58i204.307>

FERNANDO SEBASTIÁN*

Cualquier observador de la vida española medianamente atento tiene que preguntarse qué es lo que ha ocurrido en España en materia religiosa durante los últimos treinta años. Hace poco el Estado español firmó un Concordato con la Santa Sede que se presentaba como ejemplar y hoy quieren quitar los crucifijos de las escuelas. Nos consideraban el país católico por excelencia y hoy dicen de nosotros que somos el país menos religioso de Europa. Somos campeones en consumo de drogas y en número de abortos. Ante datos como estos tenemos obligación de preguntarnos qué es lo que está ocurriendo en España, en las cabezas y en los corazones de los españoles.

EN PRIMER LUGAR, CONOCER LA SITUACIÓN

Un estudio sobre los datos ofrecidos por la Fundación Santa María en enero de 2010 muestra que sólo el 54,4% de los españoles se considera «una persona religiosa», frente a la media europea del 67,8%. Y si sumamos las personas que dicen estar muy interesadas o algo interesadas en lo espiritual, así, genéricamente, nos sale la mitad de la sociedad española: el 49,8%. Todos estos datos pueden servirnos para hacernos una idea de la baja «temperatura espiritual» de España según los datos más o menos neutrales de la sociología.

Vale la pena analizar, más en detalle, los números relativos a la juventud. Para ello me voy a servir del último estudio publicado en España sobre este segmento de la población, el Informe de la Fundación Santa María «Jóvenes españoles 2010». Según el apartado dedicado a lo religioso, elaborado por Mayte Valls, «la religión sigue ocupando uno de los últimos lugares en una escala de valoración de las cosas más importantes para los jóvenes» entre 15 y 24 años. Es indudable que la socialización religiosa es menor, y que Dios es el gran ausente en las familias españolas, en un momento marcado por actitudes de vida consumistas y hedonistas centradas en el disfrute. «En este contexto es

* Arzobispo emérito de Pamplona y Tudela. Ponencia ofrecida en el marco de las jornadas de reflexión organizadas en mayo de 2011 por el Pontificio Colegio Español de Roma, en torno al tema: *Europa: Un renovado impulso misionero, expresión de una nueva y generosa apertura al don de la gracia.*

difícil que surja entre los jóvenes la inquietud por lo religioso», señala, pero se asegura su estabilidad como un referente simbólico.

El estudio revela que el 53,3% de los jóvenes se definen católicos, frente al 16% de indiferentes, el 9,3% de agnósticos, el 17,1% de ateos y el 2% de creyentes de otra religión (un total de 44% no católicos). Con un 8,5% aproximadamente de otras religiones.

Es más interesante aún el apartado de las creencias, donde nos encontramos con que el 19,8% de los jóvenes españoles cree en la reencarnación, superando al 18,8% de los que afirman su fe en la resurrección de los muertos. El estudio señala que crecen tanto la vivencia de una religiosidad católica «a la carta» como lo que los sociólogos denominan las «religiones civiles» (en torno a la ecología, el deporte, el culto al cuerpo, etc.).

Otro dato importante digno de ser tenido en cuenta es el concepto sobre Dios, en el que manifiesta la precisión y la mayor o menos seriedad personal de las convicciones religiosas de los jóvenes. En concreto, encontramos estas definiciones del Ser supremo: «lo que hay de positivo en hombres y mujeres» (32,8%), «fuerzas y energías en el universo que influyen en la vida» (41,2%); «algo superior que creó todo y de quien depende todo» (35,9%). Todas estas respuestas a la pregunta sobre Dios revelan una idea muy extendida de una divinidad impersonal, muy propia de las corrientes de la Nueva Era. Resulta sorprendente ver la confianza que otorgan estos jóvenes tan poco religiosos (la tercera parte de los cuales considera que «la creencia en Dios es una superstición como otra cualquiera») al mundo de lo esotérico, fundamental en la nueva religiosidad. El 34,7% cree que en los horóscopos y la astrología «hay o podría haber algo de verdadero»; el 24,7% piensa lo mismo de las mancias (técnicas variadas de adivinación); un 18,7% se fía de los curanderos o de la sanación por poderes; y la cifra más baja se da en la comunicación con el más allá, que convence al 14% de los jóvenes. Los números, curiosamente, son más altos en las mujeres que en los varones, en todos los casos. En los últimos estudios aparece un crecimiento considerable en las creencias parareligiosas con respecto a encuestas anteriores. Como afirma el sociólogo Juan González-Anleo, «el descenso en las creencias religiosas va habitualmente acompañado de un ascenso de las supersticiones». Este es, en resumen, el panorama religioso de nuestros jóvenes entre los 15 y los 24 años.

Estando así las cosas, no es de extrañar que España sea el país de la Unión Europea que más ha incrementado en los últimos diez años el número de abortos: un porcentaje del 126%. A gran distancia sigue Bélgica con el 36% de aumento y Holanda con un 26%. Mientras que Italia ha disminuido en un 9,71%, Alemania en un 10,71%, y Polonia ha disminuido un 89,31%. No valoramos suficientemente la terrible eficacia destructiva de la propaganda gubernamental y del silencioso trabajo de muchos militantes en los colegios públicos, desde hace ya bastantes años.

Ante estas cifras, que vienen a confirmar lo que uno puede observar directamente viendo la ausencia de jóvenes en nuestros templos y las expresiones reales de sus ideas y aspiraciones, tenemos que reconocer que vivimos un fenómeno general de alejamiento de los jóvenes de la religión, por lo menos de la práctica y aceptación de las religiones tradicionales, de la religión institucionalizada. Puede haber actitudes nuevas de cierta religiosidad vaga, más sentimental que racional, que no llega a ser verdadera religión ni es capaz de influir seriamente en la vida.

Ante un fenómeno tan general no es suficiente aducir causas de naturaleza individual; fenómenos generales requieren causas generales, sociales, culturales. Estamos viviendo el final de una época, el derrumbamiento de una cultura. La forma de ver la vida, la cultura tradicional ya no se transmite de manera espontánea y pacífica. Los jóvenes son profundamente críticos ante las formas de vida de los mayores, sueñan con otros modelos de vida, quieren una sociedad diferente, creen tener una concepción de vida más humana, más interesante, más justa y más feliz. Y en esta cultura nueva que ellos pretenden tener no entra la religión como un elemento esencial, ni siquiera importante. En su visión de la vida, en sus proyectos de vida, por lo general, no sienten la necesidad de Dios ni de la religión. Quieren una sociedad justa y humana, pacífica, pero piensan que esa bondad sale del hombre, sin necesidad de recibirla de Dios. Es más, en muchos casos piensan que la religión favorece la intolerancia, la agresividad, los conflictos entre personas y pueblos. Lo ven así en la historia. Se lo han enseñado así. Otras cosas, posibles o reales, no las tienen en cuenta.

¿QUÉ CULTURA TIENEN?

Si queremos exponer de forma analítica la visión del mundo y de la vida humana que predomina ahora en nuestra sociedad, tendremos que comenzar por expresar algunas observaciones previas.

1. Hay que tener en cuenta que vivimos en *una cultura de la imagen* y del sentimiento, poco racional y poco analítica. La gente no se preocupa demasiado por analizar sus propias ideas, sino que vive dejándose llevar de lo que hay en el ambiente, de los comentarios más comunes, de lo que predomina en los medios de comunicación y en las ofertas que encuentran más a la mano. Lo que podamos decir será la explicitación de algo que nuestra sociedad vive implícitamente, sin detenerse demasiado en análisis ni formulaciones.

2. Debemos tener también en cuenta que vivimos *una época de transición*, de inseguridad, de mucha fragmentación y mucha inestabilidad. Si hablamos de cultura, no podemos olvidar que en nuestra sociedad puede ser verdad una cosa y la contraria. En la misma persona pueden coexistir ideas o preferencias contradictorias. No es extraño encontrar católicos que ven bien el laicismo radical

en la vida social, ateos manifiestos que dan consejos a los obispos. España es ahora el país de las contradicciones. Nunca hemos sido campeones del pensamiento, pero ahora reina el voluntarismo y la ideologización de las cabezas.

Aun así, podemos arriesgarnos a esbozar un esquema de lo que son las ideas fundamentales de la cultura actualmente dominante en España, de aquello que podemos considerar lo socialmente y culturalmente «correcto», como se dice.

—El primer dato tendría que ser el reconocimiento del ateísmo como postulado, como algo que se da por supuesto. O por lo menos la convicción de que en nuestro mundo hay que dejar aparte la idea de la existencia de Dios para prosperar y ser feliz. No vale la pena discutir por eso. Con Dios o sin Dios, lo importante somos nosotros, nuestra vida, nuestro bienestar. Da la impresión de que creyentes y no creyentes nos hubiéramos puesto de acuerdo para no hablar de Dios, para no nombrarlo, para excluirlo de nuestra vida. Como si de esta manera pudiéramos vivir todos más tranquilos. Ni siquiera en las emisoras católicas podemos oír un «hasta mañana si Dios quiere», «vaya usted con Dios», o «Dios no lo quiera».

—Este pacto de silencio sobre Dios, poco a poco, va confirmando el ateísmo de los ateos y debilita la fe de los creyentes. Lo que comienza siendo un silencio concedido termina siendo un silencio convencido. En el fondo late la convicción de que Dios no interviene en nuestra vida, es una hipótesis inútil de la que es mejor prescindir. Las convicciones ateas de nuestra gente son el resultado generalizado de tres corrientes diferentes: una corriente que niega a Dios por razones científicas (Darwin), otra que lo niega por motivos de orden moral (Camus) y otra tercera que lo niega por razones humanistas (Nietzsche, Sartre).

—El ateísmo de la mayoría de las personas, jóvenes y adultos, es un ateísmo difuso y confuso, no justificado racionalmente, más práctico que teórico, más sentimental que racional, asumido por razones extrínsecas más que por verdaderos razonamientos (modernidad, anticlericalismo, democracia, etc.).

—Hoy se llega al ateísmo por el camino de la práctica más que por razones teóricas. Se comienza viviendo en contra de la ley de Dios, siguiendo las tendencias del permisivismo reinante. De ahí se pasa fácilmente al alejamiento de la Iglesia, a la indiferencia religiosa y al olvido de la religión. A partir de ahí es fácil aceptar algunas razones elementales que justifiquen teóricamente esa clase de comportamiento.

—Lógicamente, este ateísmo tiene sus precedentes y sus consecuencias culturales, antropológicas. Los hombres no podemos vivir con demasiadas contradicciones dentro de nosotros; quien acepta la negación de Dios, poco a poco va acomodando sus ideas y valores a lo que esta negación significa. Como la fe en Dios crea una determinada cultura proporcionada y armoniosa con ella, la negación de Dios también se rodea de la cultura correspondiente, congruente

con esta negación. De la negación de Dios surge otra manera de ver el mundo y de ver al hombre, ya no somos criaturas de Dios sino fruto inexplicable de una evolución irracional, azarosa, sin explicación ni finalidad alguna. No podemos contar con nada ni con nadie fuera de este mundo, ni tenemos tampoco que dar cuentas a nadie de lo que hacemos con nuestra vida.

–Es lógico que en este marco surja un nuevo concepto de hombre, completamente materialista, completamente mortal y caduco, dotado por el momento de una libertad incondicional, sin que exista ninguna ley natural a la que tengamos que atenernos, ni ninguna autoridad, ni humana ni divina, que pueda limitar nuestra omnimoda libertad, que es pura indeterminación. Tenemos la suerte de ser libres y de poder disponer de nuestra vida como nos parezca mejor. No existe ley natural, ni existe ninguna realidad objetiva de la que nos llegue una norma vinculante que restrinja nuestra libertad. Cada uno puede hacer con su vida lo que quiera.

–Por puro convencionalismo admitimos la libertad de los demás como límite de nuestra libertad. La autoridad política es el árbitro entre las libertades ilimitadas de los ciudadanos, por lo que resulta una autoridad divinizada que funda el bien y el mal, que define los límites de nuestra libertad. Después de eliminar la presencia de Dios, el Parlamento ocupa el vacío que deja su ausencia en la conciencia del hombre y en la vida de la sociedad. Por eso los políticos de la nueva ola tienen tanta dificultad en admitir la objeción de conciencia. Ellos son los nuevos dioses. Nadie puede tener dificultad en practicar lo que ellos hayan definido como legítimo. Son ellos los que nos van abriendo nuevos espacios posibles para nuestra libertad. Los políticos reconocen y sancionan los nuevos espacios de libertad conquistados por la sociedad, con el trabajo, con la ciencia, con la educación y la organización.

–De este planteamiento surge una visión del hombre y de la vida plenamente materialista, del todo subjetiva, esencialmente relativista y desarraigada, hoy es bueno lo que mañana puede ser malo y al contrario, para unos puede ser buena una cosa y mala para otros. No hay certezas, no hay moral intrínseca de nada, no hay seguridad de nada. Vivimos en la absoluta contingencia, llevados por la voluntad de nuestros políticos y la colaboración de los medios de comunicación. En definitiva, vivimos conducidos por los intereses de los poderosos.

–En esta mentalidad es esencial la colaboración de la escuela y de los medios de comunicación social (MCS), tiene una importancia decisiva; asignaturas como la «Educación para la Ciudadanía» y la «Educación moral de la juventud» de acuerdo con estos postulados, en contra de todas las tradiciones católicas y populares, son actuaciones decisivas. En estos momentos resulta imprescindible una concepción autoritaria e intervencionista del poder político que acomode la sociedad a la nueva cultura, que module la conciencia de los nuevos ciudadanos de acuerdo con estas teorías. Unas teorías que justifican la existencia de una autoridad intervencionista y totalitaria.

Ante este panorama viene bien recordar la intuición del Vaticano II en *Gaudium et Spes*, que en gran parte es la aportación de Juan Pablo II. El hombre es imagen de Dios, Dios es el modelo y la garantía de la humanidad del hombre, sin Dios no hay hombre. Sólo de la fe en Cristo nace la verdadera comprensión del hombre. Por eso lo que ahora está ocurriendo en la sociedad española no es sólo la difusión del ateísmo, sino que es también el establecimiento de una cultura nueva, una visión del hombre y de la vida que se corresponde exactamente con la negación de Dios. De la negación de Dios nace un modelo de vida materialista, exclusivamente terreno, con una visión de la libertad como pura indeterminación que nos permite hacer de nuestra vida lo que mejor nos parezca, sin la guía de una moral objetiva que tengamos que respetar, todo es puro subjetivismo, puro materialismo, en nuestra vida no tiene por qué haber nada absoluto ni definitivo, más que el amor de nosotros mismos y la lucha por nuestros propios intereses. Estamos en la cultura del egoísmo, y por eso mismo en la cultura de la soledad y de la mayor crueldad. Si negamos a Dios que es el Amor y la Vida, es lógico que caigamos en manos del egoísmo y de la muerte.

Si esto es verdadero, aunque sólo sea en líneas generales, podemos preguntarnos: un patrimonio cultural así ¿puede sostener la vida de un pueblo? Este equipamiento espiritual ¿puede justificar y sostener la vida de una persona? Esta cultura ¿puede ofrecer pautas de conducta a una sociedad? ¿No tenemos aquí la garantía de una grave depresión moral y convivencial? Por eso, al hacer balance de los últimos años y los últimos gobiernos, hemos de pedirles cuentas también de los cambios culturales que han favorecido y difundido abusando de su poder. Es de esperar que lo que llamamos el buen sentido, el hondo sentido común de nuestra gente, el amor a la verdad y a la vida que Dios ha puesto en nuestros corazones, nos haga ver que esta quiebra cultural es un verdadero abismo contra el cual tenemos que reaccionar vigorosamente.

Estos cambios nos han sobrevenido inesperadamente.

—En la transición teníamos la esperanza de que se iban a acabar las tensiones entre laicistas y cristianos, entre Iglesia y anticlericalismo. Los católicos queríamos sinceramente una Iglesia libre en un Estado libre. Pero no ha sido así.

—Los grupos de izquierda han incluido el laicismo en el programa de modernización de la sociedad. Hay distintas formas de anticlericalismo. Algunos no se meten directamente con la Iglesia. Pero esta manera de actuar es engañosa, porque sí actúan contra la visión cristiana de la vida, contra la tradición católica del país, que es peor.

—En estos años, entre nosotros, se ha normalizado la transgresión. La promiscuidad sexual, el aborto, el divorcio y los recasamientos son cosa que ya vemos todos como normales, como inevitables. Tendríamos que reflexionar más seriamente sobre lo que nos dicen las encuestas acerca de la mentalidad de los jóvenes. En muchos colegios públicos se difunde positivamente la irreligión, el

ateísmo. Nuestros jóvenes escuchan a profesores que ridiculizan a la Iglesia católica y a toda clase de religión. Aunque sea de manera minoritaria, en nuestra sociedad se mueven activamente numerosas asociaciones militantes del ateísmo. Algunas iniciativas como la pretendida «Procesión atea» tienen más de pintorescas que de otra cosa. De forma más encubierta y bastante más eficaz el ateísmo se viene difundiendo de forma explícita en algunos colegios públicos. Con sus políticas de trasgresión, el gobierno induce a la gente y especialmente a la gente joven a asumir la cultura atea como forma de vida garantizada y confirmada.

Benedicto XVI, ya en dos ocasiones, nos ha llamado suavemente la atención sobre este peligro de la difusión del ateísmo en nuestra sociedad y la persecución encubierta que está sufriendo la fe en nuestro país. A veces pienso que el Papa está más alarmado por lo que ocurre en España que los propios españoles.

PARA REACCIONAR CON ACIERTO CONVIENE SABER CÓMO HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ

En un primer momento podemos dar una respuesta histórica. Después de la guerra civil se estableció en España un régimen confesional que con el tiempo ha debilitado la credibilidad de la Iglesia ante muchos españoles. Por una parte la práctica cristiana, cuando es impuesta como única y obligatoria, se hace odiosa para muchas personas que no se sienten a gusto con ella. Por otra parte, al ser una religión protegida, se debilita la fuerza de la adhesión personal. Los católicos poco a poco se van volviendo rutinarios, comodones, tibios. Y a la vez los no católicos se sienten reprimidos, discriminados y se radicalizan en su rechazo de una fe y de unas instituciones que ellos perciben como impuestas, autoritarias e injustas. Así se explica que al final del régimen confesional, por más que la Iglesia católica intentase sinceramente la reconciliación de todos los españoles, haya renacido al anticlericalismo con un vigor y una intolerancia que no ha encontrado respuesta en una comunidad católica tibia y desorientada.

La historia del siglo XIX demuestra que la unidad católica de España, gloriamente proclamada en los años del franquismo, no fue nunca una realidad ni eclesial ni sociológica. El liberalismo y el marxismo, en todas sus formas y variantes históricas, fueron ganando terreno y apartando a muchas personas de la Iglesia católica. Esta escisión se manifestó agudamente en la II República. Luego vino la guerra civil, con la durísima persecución religiosa, después los cuarenta años de confesionalismo y por fin la democracia. Al salir del franquismo, los cristianos españoles eran personas acomplexadas, culpabilizadas, ingenuas. Los católicos se sentían obligados a hacerse perdonar retirándose de la vida pública, siendo condescendientes con las pretensiones del laicismo, dejando libre el terreno que antes ocupaba el confesionalismo. De esta manera los laicistas encontraron la oportunidad de recuperar una presencia y un protagonismo que no habían podido ejercer durante demasiado tiempo. Quienes qui-

sieron verlo, pronto se pudieron convencer de que la idea de la España católica era un deseo más que una realidad. Tenemos que reconocer que en estos años el laicismo ha ganado la batalla cultural. Hoy, en la Universidad, en los centros públicos de enseñanza, en los medios de comunicación, lo correcto, lo que cuenta, lo que vale es el laicismo. Y esa es también la cultura dominante en la calle que la gente sencilla respira y asimila. Es cierto que han aparecido algunos puntos de resistencia, pero son todavía muy pocos, poco influyentes, poco aceptados. No dudo de que esté comenzando a cambiar esta situación. Una prueba pueden ser los crecientes apoyos económicos de los contribuyentes a la Iglesia católica. Pero todavía las posturas católicas son fácilmente rechazadas como residuos franquistas, signos de autoritarismo, gestos antidemocráticos. Y hay muchos católicos que tienen esta misma sensibilidad.

Esta situación ha sido reforzada hábilmente con una solapada manipulación de la historia. Con una simplicidad que sorprende y una falta total de respeto a la verdad, nuestra historia se presenta del todo caricaturizada. «Teníamos una democracia ejemplar y contra ella se levantaron unos militares ambiciosos que impusieron un régimen dictatorial y asesino. La Iglesia lo justificó a cambio de una situación privilegiada. Este es el momento de pedir cuentas al franquismo por los años de dictadura inicua y a la Iglesia por su colaboración con el dictador». Todo muy simple, muy fácil de entender, pero absolutamente falso. Ni había una verdadera democracia, ni el alzamiento fue una rebelión arbitraria, ni la Iglesia apoyó a Franco por intereses mundanos. El caso es que ahora nos encontramos en una situación en que la Iglesia y la religión católica tienen muy poca credibilidad y están social y culturalmente marginadas, y buena parte de la sociedad se muestra muy receptiva con las posiciones laicistas, anticlericales y antirreligiosas. Peces Barba acaba de escribir pidiendo más dureza con la Iglesia. Para él la modernidad es la laicidad, en el sentido de completa privatización de la Iglesia y de la religión. Pide suprimir los acuerdos con la Santa Sede, suprimir la clase de religión en la escuela pública, excluir todo lo que pueda suponer una presencia de la fe católica en la vida pública. La fe monoteísta es incompatible con la democracia. Estamos ya muy lejos del Estado aconfesional descrito en la Constitución. Nuestras izquierdas quieren un confesionalismo laicista. Así piensan muchos, sin darse cuenta de que esta forma de ver las cosas justifica la más dura de las tiranías, la negación de la libertad religiosa, libertad de creer y de vivir.

VOCACIÓN TRANSFORMADORA DEL GOBIERNO

En varias ocasiones y de diferentes maneras, en la época del presidente González, como en la del presidente Rodríguez Zapatero, los dirigentes socialistas han manifestado su intención de «transformar» la sociedad. No se sienten llamados sólo a gobernar, sino a remodelar la vida y las cabezas de los espa-

ñoles. Dejemos aparte lo que este propósito pueda tener de ambicioso y de autoritario. El caso es que la coincidencia de varias circunstancias, junto con el apoyo decidido de los gobiernos socialistas, ha transformado profundamente la cultura general de la sociedad española.

Si queremos comprender en dónde estamos, hemos de intentar clarificar un poco las ideas y ver, siquiera sea esquemáticamente, cuáles son las ideas principales de la nueva cultura. Tarea nada fácil, pues ya he dicho que el ateísmo actual de nuestra sociedad es un ateísmo difuso, más práctico que teórico, poco elaborado racionalmente. En su conjunto es una amalgama de ideas de la crítica religiosa del siglo XIX y XX (Feuerbach, Marx, Nietzsche, Freud, Marcuse, Sartre, etc.) recocidas en el fuego de mayo del 68, asumidas por la izquierda una vez desaparecida la identidad marxista, y difundidas luego como la gran esperanza de liberación y de progreso. El socialismo, perdida ya su ideología original, se ha hecho el heredero y propagandista del nihilismo del 68. Estos vienen a ser los rasgos fundamentales;

–El ateísmo como postulado básico, no siempre explícito pero siempre presente. Un ateísmo que se supone justificado por razones científicas (Darwin), morales (Camus), humanistas (Nietzsche, Sartre).

–Como primera consecuencia del ateísmo: una visión nueva de la realidad y un nuevo concepto de hombre, materialista, centro de sí mismo, dotado de libertad ilimitada, sin restricciones morales de ninguna clase, sometida únicamente a las exigencias de la convivencia según el dictamen de la autoridad política.

–Exaltación de la autoridad política como última autoridad moral, politización de la vida personal y social, concepción de la política progresista como «ampliación de libertades» sin restricciones morales objetivas, rechazo de la objeción de conciencia. Materialismo, subjetivismo, relativismo, hedonismo, nihilismo.

–Control de la escuela y de los MCS, como difusores de la nueva cultura. Importancia de asignaturas como «Educación para la Ciudadanía» y «Educación para la salud sexual» para avanzar en la transformación de la sociedad, comenzando por las mentes y las conciencias de los niños y jóvenes.

Hace ya muchos años, un dirigente socialista me dijo: «Ganaremos con las urnas lo que perdimos con las armas». Tenemos que reconocer que lo están consiguiendo. La nueva cultura ha invadido nuestros ambientes, me atrevo a decir que ha entrado en las mentes de muchos católicos. Está claro que ciertos progresismos que se desarrollan en la Iglesia y reclaman una actualización del magisterio moral de la Iglesia en el sentido de un acercamiento a las posiciones morales del laicismo sobre la sexualidad, el divorcio y hasta el aborto, tienen su explicación en esta mentalidad. Cuando la persona, aun sin percibirlo, ha dado entrada a algunas de estas ideas, como el valor supremo de la libertad, la no existencia de la ley natural, poco a poco, por la fuerza interior de las cosas, unas ideas llaman a otras y ven con normalidad que la mentalidad católica se acomode

a lo que en el fondo es la negación de sí misma. La nueva cultura, de manera silenciosa, destruye la fe de los creyentes y cierra el camino de la fe a las nuevas generaciones. Estoy seguro de que vendrá la reacción y los españoles volverán a aceptar con agradecimiento la revelación cristiana de Dios y de la humanidad verdadera. Pero de momento estamos donde estamos. Vivimos en una cultura atea que difunde e inculca el ateísmo. Lejos de la unidad católica de hace cincuenta años, hoy el conjunto de la sociedad española podemos verlo así.

SOCIOGRAMA ACTUAL

En cuanto a sus posiciones religiosas, podemos pensar que la distribución de las personas se acerca al esquema de los cuatro cuartos. Un 25% de católicos convencidos y practicantes, otro 25% de católicos sinceros pero menos practicantes que giran alrededor de los anteriores; y en la otra mitad, un 25% de ateos más o menos explícitos y otro 25% de alejados que en sus ideas y en su vida están más con los ateos que con la fe católica. En la base, una sociedad escindida casi en dos mitades desde el punto de vista religioso. Podemos maquillar la situación acudiendo a las costumbres tradicionales y cosas así, pero si procedemos con un cierto rigor y claridad nos encontramos con cifras muy parecidas a las que he presentado. Queda encajar el 8 o 10% de fieles de otras religiones que en la sociedad española es una realidad nueva debido a la inmigración sobre todo de los musulmanes.

Un índice revelador de la postura religiosa de las personas es la manera de plantear su matrimonio. Casarse no es un acto transitorio, es más bien un proyecto de vida, siempre con cierta estabilidad. Pues bien, hoy entre nosotros un 30% de las parejas se conforman con ser parejas de hecho, sin ninguna connotación religiosa. Del 70% restante, más de la mitad se casan según la ley civil (que actualmente, en España, es lo mismo que no casarse) y sólo la otra mitad se casan por la Iglesia. El 50% del 70% es un 35% del total. Esas son las familias cristianas con las que podemos contar en el mejor de los casos. No son cifras exageradas. En algunas Diócesis los matrimonios ya están en cifras peores, 60% de matrimonios según la ley civil y 40% de matrimonios canónicos. Si queremos saber cómo pueden evolucionar las cosas en pocos años, las cifras no son nada consoladoras: de cada 100 niños que nacen en España, reciben el bautismo un 80%, de estos niños bautizados sólo el 60% hacen la primera comunión (ya no contamos cuántos hacen la segunda y la tercera, que serían más importantes que la primera). De los 100 niños iniciales, sólo el 20 o el 25% reciben la confirmación, y al final sólo un 7 o un 8% siguen viviendo y practicando como miembros de la comunidad cristiana. Ésta, con pocos errores, es hoy nuestra situación real. A partir de aquí, con suficiente verosimilitud, podemos barruntar cuál será la situación dentro de 10 o 20 años.

Hay más datos negativos. Aumenta el número de hijos de madre soltera. Y recordemos que España es el país de la Unión Europea que ha incrementado en los últimos diez años el número de abortos en un mayor porcentaje, con un 126%. Somos campeones en consumo de drogas. Está claro que la eliminación de la religión no hace una vida más justa ni más feliz.

No es extraño que las ideas religiosas de los jóvenes anden muy lejos de la doctrina católica. El 35% de los jóvenes considera que Dios no existe, aunque algo más de la mitad se declare católico. Sólo un 14% acude a misa alguna vez al mes o al año. Su idea de Dios es insegura y deficiente, una tercera parte piensa que «Dios» es lo mejor que hay dentro del hombre, para otra tercera parte «Dios» es una superstición como otra cualquiera; y sólo otra tercera parte piensa que Dios es el principio de todas las cosas. Sus opiniones sobre la Iglesia son bastante negativas; según unos, es demasiado rica (76%), para otros tiene una postura anticuada hacia la sexualidad (75%) y otros muchos opinan que se mete demasiado en política (64%). De la Iglesia como comunidad de salvación o Pueblo de Dios, ni rastro. Tan sólo un tercio opina que las clases de religión le han servido de algo, a pesar de que el 32% guarda un recuerdo positivo de la Iglesia.

En resumen, hemos de reconocer que vivimos en un clima cultural de raíz atea, que la gente, en especial los jóvenes, asimila fácilmente y que aboca al ateísmo práctico. En este clima cultural, la fe cristiana se asfixia y sólo subsisten los que viven protegidos dentro de un clima familiar o grupal intensamente religioso. Las causas de esta situación son muy complejas; a ella ha contribuido, como se ha dicho, nuestra historia, la influencia del movimiento secularizador envolvente y también, en buena parte, el mal ejemplo de los creyentes, los errores y deficiencias de los pastores, la escasa formación de muchos cristianos y, en último término, la libertad débil y acomodaticia de los mismos cristianos.

No todo es negativo: hay signos de renovación y resistencia. La gente está comprobando que los caminos del ateísmo y la inmoralidad no llevan a la libertad y la felicidad. La enseñanza, tan repetida por Juan Pablo II, de que sin Dios tampoco hay hombre, comienza a ser para muchos una evidencia. Se recogen ya los frutos inhumanos del ateísmo: depresiones, suicidios, soledad, inseguridad, angustia, desamor, violencia, temor y desconfianza generalizada. Ésta es la sociedad del egoísmo y la muerte, frente a la deseada sociedad del amor y la vida. El mal se destruye a sí mismo, y el bien triunfa y se afirma con sola su presencia.

¿QUÉ TENEMOS QUE HACER? ¿QUÉ PODEMOS HACER?

Ante semejante panorama nace en nuestros corazones la pregunta de Pentecostés. Si esto es así, ¿qué podemos hacer, hermanos? Entre nosotros están ya insinuadas diversas posturas posibles. La primera es la postura del avestruz. Parece que algunos están dispuestos a seguir entretenidos con nuestras cosas

como si no pasara nada. «Somos los de siempre y seguimos haciendo lo de siempre». Es evidente que, si seguimos haciendo lo mismo, no cambiará nada y el proceso iniciado seguirá hasta el final. Otra postura posible es el restauracionismo: volvamos a la situación anterior, neguemos esta democracia perniciosa y volvamos bajo la protección de un régimen fuerte y católico. Es la antigua fórmula del catolicismo protegido y casi impuesto por la vía de la autoridad y del apoyo político. Es fácil de comprender que esta fórmula es socialmente imposible y pastoralmente fallida. Estamos viendo los resultados. Una tercera fórmula posible es la del colaboracionismo. La historia es irreversible. Si vivimos en esta nueva cultura, hagamos una Iglesia acomodada a ella, retoquemos la doctrina y la moral cristiana para que aparezcan más aceptables dentro de esta cultura, revisemos la doctrina moral, ajustemos la doctrina a los gustos de la nueva época y construyamos un cristianismo compatible con las líneas generales del laicismo. Es la aventura del progresismo. Los progresistas entienden la actualización y renovación de la Iglesia como un cuidadoso ajuste de la Iglesia a las exigencias dominantes de la nueva cultura. Es una postura de condescendencia, de sometimiento y, en el fondo, de infidelidad. La Iglesia no se renueva por mimetismo con el entorno circundante, sino por su mayor proximidad con las propias fuentes, con la doctrina y la vida de los Apóstoles, con el seguimiento de Cristo, con la fidelidad al Espíritu que nos hace vivir en Cristo. La Iglesia se renueva desde dentro de sí misma, de sus propias raíces, como un ser vivo autosuficiente, y no como una hiedra parasitaria. La novedad de la historia viene de Cristo, no del laicismo. La verdadera renovación es la de los mártires, no la de los apóstatas.

LA LLAMADA A LA EVANGELIZACIÓN

La única actitud justa y posible es la que nos han señalado los Papas y está reclamando de mil formas el Pueblo de Dios. Hay que cambiar de actitud y, en vez de conformarnos con ser una Iglesia en retirada, tenemos que pasar a ser una Iglesia misionera, una Iglesia que se acerca a los no creyentes, que se compeadece de ellos, que se prepara para volver a ofrecerles la fe de una manera comprensible y apetecible, una Iglesia segura del valor y la necesidad del evangelio, que no abandona a sus hijos, sino que sale en busca de los que se fueron o de los que nunca vinieron. No podemos darnos por vencidos, no podemos aceptar que siga adelante este proceso de descristianización y paganización de las familias y de los ciudadanos españoles. Por amor a nuestro pueblo, por amor a Cristo y por fidelidad a la misión que hemos recibido, tenemos que rebelarnos contra esta situación y tratar por todos los medios de cambiarla. No podremos hacerlo en poco tiempo, pero sí podemos cambiar la tendencia, reaccionar de otra manera, vivir en nuestra tierra y con nuestros conciudadanos el mandato misionero de Jesús: «Id, anunciad, construid el Reino de Dios». Esta rebelión

no tiene nada que ver con la política, es del todo original, más profunda, más universal, de más largo alcance. Sintamos la urgencia de anunciar a los españoles, uno a uno, el evangelio de Jesús.

Hemos sido un país misionero, pero la misión estaba fuera de España. Aquí sólo teníamos que mantener la fe de los creyentes. La situación ha cambiado radicalmente. Los paganos los tenemos en casa. Los jóvenes sacerdotes españoles pueden seguir yendo a tierras de misiones, pero los que se queden aquí, sacerdotes, religiosos y laicos, tienen que saber que también ellos, en sus parroquias, sus colegios, sus asociaciones, tienen que ser misioneros y sentirse responsables de la fe de tantos que no creen. Todos tienen necesidad y derecho a vivir la fe, lo mismo que nosotros. Podemos hacerlo. Tenemos que hacerlo.

Hemos de confesar que no estamos preparados para esta tarea. En España no lo hemos hecho nunca. Desde la conversión de Recaredo aquí todos hemos sido católicos, o por lo menos teníamos la obligación de serlo. No hemos contado con la increencia como una realidad pastoral. Estábamos convencidos de que España era un país católico y no nos cuidábamos de ayudar a los descreídos. Los descreídos, los ateos, los masones, los laicistas, «eran malos», había que reprimirlos y apartarlos de la convivencia. No teníamos conciencia de algo esencial: la libertad y la fragilidad de la fe.

En épocas antiguas había más pastoral misionera que ahora. Recordemos las famosas «Misiones populares». Era una predicación intensiva, de conversión, a la que acudía mucha gente que encontraba en ellas la oportunidad de renovar su fe y su vida cristiana. Seguramente estas predicaciones extraordinarias ya no son posibles tal como antes se hacían. Hace unos años vinieron los Cursillos de cristiandad. También eran unas catequesis de conversión. Luego las Comunidades neocatecumenales han buscado a los que vivían al margen de la fe. Tengo la impresión de que ahora somos menos misioneros, más conformistas que hace diez años. La solución no puede ser ir disminuyendo poco a poco nuestras actividades pastorales, conformándonos con el pequeño espacio que nos dejan los usos y las mil demandas de la vida moderna. Grandes eventos como las Jornadas Mundiales de la Juventud no son posibles cada día. Hay que poner en marcha una pastoral evangelizadora dentro de los planes y las actividades ordinarias de todas las Diócesis.

Resulta indispensable reaccionar enérgicamente ante esta situación. Es preciso plantear la vida de la Iglesia en función de esta obligación primordial que es anunciar el evangelio a los alejados. Hacemos muchas cosas buenas, estamos cargados de actos, conmemoraciones, reuniones y proyectos. Pero si lo examinamos con honestidad veremos que todas o casi todas nuestras actividades están pensadas en función de los creyentes, en función de la vida interna de la comunidad cristiana. Hablamos a los que vienen a nosotros, convocamos a los que ya se sienten cristianos, apenas nos preocupamos de dirigirnos a los alejados, de convocar cosas que les puedan interesar a los no creyentes, de modo que

tengamos oportunidad de encontrarnos con ellos y anunciarles el evangelio de la salvación. Es tarea difícil. Pero las palabras de Jesús son terminantes: «El Hijo del hombre no ha venido a curar a los sanos sino a los enfermos, a buscar lo que estaba perdido. Hay más alegría por un pecador convertido que por cien justos que no necesitan conversión». La figura del buen pastor que sale en busca de la oveja perdida tiene que estar siempre ante nosotros como el modelo del buen obispo, del buen párroco, del buen educador, del buen cristiano.

La llamada a la Nueva Evangelización es llamada a responsabilizarnos de la fe de los que no creen. Pastoral de evangelización es pastoral encaminada a despertar la fe de los que no creen o fortalecer la fe de los que creen débilmente. Hablando más en concreto, las parroquias, las comunidades religiosas, los colegios tienen que sentirse responsables de la fe y de la salvación de los que se fueron, de los que ya no han entrado, de los inmigrantes, de las nuevas generaciones que crecen paganos, perdidos, como ovejas sin pastor. Hay que buscar la manera de anunciar el evangelio a los que no acuden habitualmente a las iglesias ni tienen contactos ni relaciones con nosotros.

CAMBIAR ALGUNAS ACTITUDES

Para desarrollar en la Iglesia de España una pastoral de la fe es preciso cambiar bastantes cosas. Estamos demasiado acostumbrados a hacer nuestro trabajo como si no ocurriera nada extraordinario. Tenemos que convencernos de que estamos viviendo una época crítica, una época en la que muchos cristianos pierden fácilmente la fe y otros muchos no entran ya personalmente en el Pueblo de Dios. En este cambio de actitudes tenemos que situarnos en la realidad. Darnos cuenta de que somos una minoría. No podemos engañarnos con los grandes llenazos o los grandes acontecimientos. Hemos de pensar siempre en los miles de jóvenes, de familias, de personas mayores que viven habitualmente alejados de la Iglesia, privados de los bienes de la fe y de la gracia de Dios. Tenemos que sentir el dolor de los que se van y de los que nunca vienen. Convencernos de que tenemos que hacer algo por ellos, de que podemos y debemos ayudarles a creer en Jesucristo y recibir los dones del Espíritu.

En este cambio de actitudes tendremos que superar cualquier tentación de relativismo. Según la doctrina de la Iglesia, el evangelio de Jesús, la fe en el Dios de Jesús, es necesaria para la salvación y para la sanación de la vida humana en este mundo. Es verdad que no podemos ser fundamentalistas, pero también es verdad que, con los debidos matices, la doctrina de la Iglesia sigue siendo la afirmación del valor universal de la mediación de Jesús y la necesidad de la fe cristiana para poder vivir de acuerdo con la voluntad de Dios y con nuestra propia plenitud humana. Los errores o los titubeos en este punto matan sin remedio el celo misionero.

Una Iglesia misionera tiene que ser una Iglesia entusiasta, convencida del valor y la necesidad del evangelio de Jesús para rescatar la vida humana del poder disgregador del pecado. Una Iglesia misionera tiene que tener confianza en sí misma, en su mensaje, sin miedo a entablar un diálogo cercano y sincero con cualquier persona de buena voluntad sobre el sentido de la vida, el valor salvífico del evangelio de Jesucristo, la profunda humanidad de la verdadera religión.

Se trata de conseguir una verdadera movilización espiritual de los sacerdotes, de los religiosos y laicos. Tenemos que comenzar por vivir nosotros más intensamente y más radicalmente nuestra condición cristiana y nuestra vocación personal, dejando a un lado los intereses personales y las cuestiones secundarias para centrarnos todos en la vivencia y en el anuncio de lo esencial cristiano que es también lo esencial humano. La llamada a la misión es previamente una llamada a la conversión y a la santidad de vida.

Para que pueda darse esta movilización misionera resulta también indispensable cultivar la unidad de la comunidad cristiana, en sus aspectos institucionales y en sus aspectos doctrinales y disciplinares. Desde el punto de vista institucional es necesario que todas las instituciones eclesiales de la Diócesis se alineen con el Obispo en un mismo sentir y en una misma misión. Delegaciones, parroquias, comunidades religiosas, movimientos, asociaciones, todos deben poner lo común por delante de las notas y de los intereses particulares, todos deben vivir de verdad la unidad de responsabilidad y de misión, distribuyendo las tareas del mejor modo posible, pensando en la eficacia de los resultados en vez de acantonarse cada uno en sus pequeños derechos y en sus objetivos particulares.

En una movilización misionera que quiera de verdad continuar la obra de Jesús, el sentimiento dominante tiene que ser la compasión. Es el sentimiento «pastoral» por excelencia, el sentimiento de Jesús ante la buena gente que vivía errante como ovejas sin pastor. Ante los laicistas, los jóvenes del botellón, los miles de indiferentes que no se acercan a nosotros, nos pueden nacer sentimientos oscuros que no ayudan a una actividad misionera. A veces actuamos con sentimientos de rechazo, de enjuiciamiento, que no nos permiten acercarnos a ellos con la actitud del buen pastor, del verdadero evangelizador. Tenemos que quererlos, perdonarlos si es preciso, confiar en ellos, tener verdadera compasión por ellos. Sólo así seremos capaces de interpretar y adivinar su interior, sólo así seremos capaces de acercarnos a ellos y de interesarnos seriamente por su salvación, sólo así lograremos que nos abran su corazón y acepten nuestro mensaje. Para llegar a ser verdaderos pastores de los laicos, de los alejados, de los anticlericales, tenemos que superar las consecuencias y los arrastres sentimentales de esta vieja y agria rivalidad entre clericales y anticlericales que viene desgarrando la vida de la sociedad española desde hace siglos.

Una Iglesia misionera es una Iglesia comprensiva y compasiva, una Iglesia cercana y amable que sale al encuentro de los alejados. Esto no significa que tenga que ser una Iglesia blanda, condescendiente, permisiva. Es una Iglesia sama-

ritana que no reprende, sino que cura, pero cura descubriendo los males, estimulando las energías sanas, ayudando a levantarse poco a poco y a caminar por los caminos de la verdad y la justicia. Una pastoral de fe es una pastoral movida por el amor, y el amor anda siempre en la verdad, el amor no disimula los males, sino que los cura. Se trata de que los no creyentes lleguen a la riqueza de la vida cristiana, no de rebajar la vida cristiana hasta los gustos de los pecadores.

NUEVOS CONTENIDOS

Una pastoral de la fe tiene que saber presentar los datos fundamentales de la revelación y de la intervención salvadora de Dios de modo que sean percibidos y puedan ser aceptados por los interlocutores actuales como un verdadero mensaje de salvación.

El objetivo de una pastoral evangelizadora es la conversión del no creyente, de la incredulidad a la fe en Jesucristo y en Dios, de la autosuficiencia a la invocación, de la insensibilidad al arrepentimiento y al cambio de vida. Nadie es espontáneamente cristiano, necesitamos convertirnos, liberarnos de la mentalidad mundanizada y pecadora para reconocer que la vida verdadera nos viene dada por Dios por medio de su Hijo Jesucristo.

Para llegar a esta conversión, el no creyente tiene que oír el anuncio de Jesús, su mensaje sobre Dios y sobre el hombre, tiene que reconocerse pecador, egoísta, privado del espíritu y de la gloria de Dios, y tiene que rectificar, corregirse, cambiar de vida.

Para que este mensaje no despierte rechazos y resulte atractivo tiene que ser presentado en un clima de afecto, de interés por el bien de cada persona, teniendo en cuenta el momento espiritual del oyente y las razones verdaderas de su incredulidad o de su alejamiento. La pastoral de evangelización tiene que ser una pastoral personificada, paciente, respetuosa, compasiva y a la vez enteramente clara y firme, sin condescender con las resistencias ni con las apatías de la carne.

Puesto que se trata de ayudar a creer en el Dios creador y salvador, en la pastoral evangelizadora hay que saber hablar de Dios de una manera interesante, mostrando lo que Dios significa para el hombre, creado a su imagen y semejanza. La idea de la creación y la relación esencial del hombre con Dios, el estudio de la persona como imagen de Dios, las consecuencias destructoras de la incredulidad y del pecado tienen que ser expuestas con claridad y viveza. La Teología, la formación filosófica y teológica de los Seminarios tienen que facilitar estas ideas a los pastores de mañana. No basta una Teología de mera repetición, hace falta que la Teología sea un diálogo real de la fe bíblica con el hombre actual acerca de la existencia y de la bondad de Dios, un diálogo iluminador, purificador, estimulante, que invite a creer en Dios y a vivir en su amor.

El centro de la pastoral evangelizadora tiene que ser la consideración reverente y amorosa de la persona de Cristo como centro de nuestra humanidad. En Cristo conocemos a Dios y nos conocemos a nosotros mismos, conocemos nuestro presente y nuestro futuro, podemos apoyar nuestra memoria y levantar nuestra esperanza de vida eterna. El mensaje de la Iglesia, nuestro mensaje tiene que ser el mensaje de los Apóstoles en los primeros momentos del cristianismo: Jesús es el Hijo de Dios y nuestro hermano mayor, que murió por nuestros pecados y Dios lo ha resucitado para nuestra salvación. En él tenemos el perdón de los pecados y la esperanza de la vida eterna. El camino de la salvación, de la verdadera humanidad, es la fe en Jesús y la fe en Dios que le resucitó de entre los muertos.

A partir de la fe vivida y confesada el hombre puede entender y cumplir las nuevas exigencias de la vida iluminada y rescatada. Quien cree en Jesús se libera del amor de sí mismo y puede comenzar a vivir amando a Dios y al prójimo, dedicándose a hacer el bien en el nombre del Señor. Cuando vivimos pendientes de la fe en el Señor nos encontramos dentro de su Iglesia, de la comunidad de discípulos que viven de la memoria del Señor y celebran los sacramentos en comunión espiritual con el Señor resucitado.

MOMENTOS DE ESPECIAL IMPORTANCIA

Si queremos acercarnos a la visión ideal de una Iglesia de cristianos convencidos y convertidos, tendremos que revisar seriamente la manera de celebrar la iniciación de los nuevos cristianos. La cuestión no está en adelantar o retrasar las edades de los sacramentos de iniciación, sino en ver cómo los encuadramos en una verdadera catequesis de conversión. La eficacia de los sacramentos está garantizada por la acción de Jesucristo y del Espíritu Santo. Lo que nos falla son las disposiciones del sujeto para que esa eficacia objetiva de los sacramentos, que es la misma fuerza santificadora de Cristo y del Espíritu, alcance sus frutos de santidad en nosotros. En una palabra, lo que nos falla es la conversión, la compunción, la invocación, la aceptación personal de la acción de Dios en nosotros.

El bautismo es el sacramento de la fe; la Iglesia le ofrece su fe apostólica al catecúmeno y éste tiene que aceptarla y asumirla como fe personal y determinante en su vida. Antes o después de recibir el sacramento, todo neófito tiene que hacer suya la fe de la Iglesia y vivir un proceso personal de conversión. Para ello tiene que recorrer un camino de información, formación, iniciación y conversión. Antes o después de recibir el sacramento, el itinerario de conversión es indispensable para que el sacramento dé sus frutos. Tenemos que pensar seriamente si el modo como estamos celebrando los bautismos de muchos niños garantiza su educación religiosa y la posibilidad real de su conversión personal.

Hoy son muchos los padres que viven alejados de la vida cristiana y quieren sin embargo que bauticemos a sus hijos. ¿Podemos seguir bautizándolos sin garantías de conversión?

Seguramente tendremos que ir perfilando un tratamiento diferente para los hijos de familias practicantes y para aquellos otros niños que no cuenten con el respaldo de un ambiente familiar cristiano. Esperemos que el próximo Sínodo aborde esta cuestión y comience, al menos, esta necesaria reflexión.

Con la renovación de la iniciación cristiana será preciso también aprovechar las oportunidades que nos ofrecen algunas celebraciones extraordinarias para anunciar el núcleo del mensaje cristiano de forma interpelante. En los funerales hemos de saber proclamar la proximidad del juicio de Dios sobre nuestra vida, la esperanza en la resurrección, como fuente de una vida nueva, en vez de perdernos en alabanzas y conmemoraciones del difunto. En las exequias cristianas el protagonista no es el difunto, sino Cristo muerto y resucitado, en quien se apoya la esperanza de nuestra vida.

La Eucaristía dominical tiene que llegar a ser de verdad el centro de la vida de los cristianos y de la comunidad cristiana. Tendríamos que preguntarnos cuánto tiempo dedicamos a preparar la celebración de cada domingo, para que todo resulte perfecto y los fieles puedan entrar de verdad en la oración común. La Misa tiene que ser vivida como una experiencia de oración comunitaria, en comunión real con la Iglesia católica, de modo que sea la experiencia más fuerte de oración de cada uno de los cristianos. Poco a poco la Misa dominical tiene que ir convirtiéndose en el signo visible de la identidad cristiana, personal y comunitaria, el alimento de la espiritualidad personal, familiar y colectiva.

De la Eucaristía tiene que nacer la caridad, la atención a los pobres, la comunión de bienes. Las Cáritas son ya en nuestra sociedad un hermoso signo de la autenticidad de la Iglesia, son un verdadero signo evangelizador. Pero en nuestro mundo, tan descreído, tan desconfiado, la caridad de los cristianos tiene que ser más llamativa. Nuestras parroquias tienen que ser verdaderamente la casa de los pobres. En cada Eucaristía tendría que haber una colecta generosa para los pobres, para que en cada parroquia pueda funcionar un servicio de atención a los necesitados donde encuentren la ayuda que necesitan hasta regenerarse con un trabajo y un sitio en la sociedad. La caridad efectiva, realista, generosa, tiene que ser el distintivo de las instituciones cristianas, el signo de autenticidad y veracidad de nuestra fe y de nuestro apostolado. No basta la caridad cansina y rutinaria, hay que empeñarse en ayudar de verdad a los afligidos por la desgracia y la pobreza.

La pastoral de evangelización es una pastoral de misión. Hay que salir del ámbito de la fe y entrar en los ambientes del laicismo. Igual que los misioneros iban y siguen yendo a lo que llamamos «países de misión», del mismo modo y por las mismas razones tenemos que entrar en contacto con los laicistas que viven cerca de nosotros pero con los cuales apenas tenemos ningún trato. Para

evangelizar hay que encontrarse materialmente con los laicistas, hablar con ellos, escucharles, ganarnos su atención y hasta su confianza, comprender sus objeciones y tratar de convencerles de la verdad, de la bondad y aun de la necesidad de la fe para descubrir y vivir la verdad de nuestra humanidad. Este contacto real con los no creyentes es una de las grandes dificultades para la evangelización en nuestra sociedad. Cada uno vive en su propio mundo, tiene sus amigos, sus aficiones, sus lugares de reunión y, por lo general, nadie entra en el campo de los demás. Preferimos convivir más cómodamente con quien piensa como nosotros, los creyentes con los creyentes y los no creyentes con los que no creen. La evangelización requiere, en cambio, que creyentes y no creyentes coincidamos en torno a asuntos de interés común y busquemos honestamente el valor de las posiciones y las razones de cada uno. Esto supone un estilo nuevo en la formación de los sacerdotes y de los cristianos, una manera nueva de organizar la vida pastoral de las Diócesis, de las parroquias y de todas las instituciones religiosas. Tenemos que aprender a entablar relaciones sinceras de confianza y de colaboración en torno a asuntos de interés común, que tendrán que ser inicialmente no religiosos, pero con la intención de profundizar hasta descubrir las dimensiones religiosas de cualquier asunto humano analizado con honestidad y profundidad. Tratar de temas no religiosos para quedarse en lo secular resulta fácil. Pero entonces no se evangeliza. El arte está en comenzar tratando honestamente un asunto estrictamente humano y saber llevarlo con honestidad y fundamento hasta sus profundidades religiosas. Todo lo humano desemboca en Cristo y por Cristo en Dios. Nos toca a nosotros hacerlo ver y comprender.

Las parroquias tienen que promover equipos de visitantes, cristianos bien preparados que dediquen un tiempo a visitar a los vecinos que viven alguna situación especial, enfermedad, vejez, soledad, necesidades económicas, nacimiento de un niño. Se tiene que notar que la fe cristiana en Dios nos hace cercanos a los demás, especialmente a los que viven alejados de Dios y a los que sufren, de cualquier manera que sea. Los cristianos tenemos que suscitar lugares de encuentro, convocando encuentros de amigos para hablar confiadamente de asuntos de interés común, en el fondo de los cuales siempre aparece la dimensión religiosa de la vida, el valor del evangelio y la necesidad de mantener una relación de fe y de amor con el Dios vivo de Jesucristo. De estos encuentros siempre salen personas interesadas que quieren algo más y están dispuestas a acudir a algo ya claramente religioso y formativo que se organice en la parroquia. En las parroquias tiene que haber actos de interés, del tipo que sean, a los que puedan venir con gusto personas no creyentes o débilmente creyentes que poco a poco vayan descubriendo el valor de la fe y de la vida cristiana. Estas mismas relaciones se pueden hacer hoy por medio de Internet, de los medios de comunicación en general. De cualquier forma que sea, las parroquias, las comunidades religiosas, las asociaciones y movimientos, la Diócesis entera, no pueden seguir viviendo mirando únicamente hacia el interior de la Iglesia, hay que salir

de las murallas, hay que entrar en el terreno del laicismo, hacer presente el testimonio de la vida cristiana, presentar la revelación y los dones de Dios en Jesucristo al alcance de todos los hombres, hablar, discutir, convencer, volver a despertar el interés por Cristo como Salvador y Guía de la humanidad.

Si se ha dicho que una parroquia es una pila bautismal y un altar, entre uno y otro tenemos que añadir un catecumenado. Cada parroquia debe contar con un catecumenado de niños y adolescentes, en el que los bautizados conozcan la fe recibida en el bautismo y se conviertan personalmente al seguimiento de Jesús y a la adoración del Dios Salvador, y un catecumenado de adultos en el que unos se preparen para el matrimonio, otros renueven su fe debilitada y otros se preparen para el bautismo o la confirmación. El catecumenado es el complemento indispensable de la pila bautismal.

De la renovación y de la formación espiritual de los nuevos cristianos surgirán las comunidades que el mundo necesita para ver en ellas la continuidad de Cristo en la tierra y la presencia salvadora de Dios en la vida de los hombres. Estos cristianos, convencidos y convertidos, podrán ser luego misioneros en sus ambientes reales de vida y podrán ir humanizando y santificando el mundo real de la vida de cada día con la eficacia de la verdad de Cristo y la fuerza de la caridad de Dios. En la medida en que sean cristianos fervorosos, cristianos santos, ganados por el amor de Cristo y de Dios, podrán cambiar el mundo, poco a poco, actuando en conformidad con el Espíritu de Cristo, en el campo del trabajo y de la economía, en la vida social y cultural, en la política. La fe crea cultura, purifica la cultura existente y abre posibilidades de una cultura nueva, más humana, más verdadera, más misericordiosa y más justa. Pero para eso, primero tiene que haber suficientes cristianos cabales, que crean de verdad, que estén dispuestos a trabajar y a sufrir, para crear un mundo nuevo de relaciones limpias y justas, sin mentiras, sin atropellos, sin corrupciones ni injusticias. Esto sólo es posible con la ayuda del Espíritu de Dios, por eso sólo es posible desde la fe y desde una vida cristiana firme y vigorosa. Hasta aquí tiene que llegar la nueva evangelización, hasta crear una cultura nacida de la fe viva y operante del Pueblo de Dios. Será tarea para unos cuantos años. Tenemos que comenzar sin demora.